

Todas las banderas del mundo

(Original)

Sandra Ruiz Llamas

(Age 22, México)

“En la bandera de la libertad bordé
el amor más grande de mi vida.”

Federico García Lorca

Recuerdo que en la primaria, durante una clase de geografía, el profesor sacó de su escritorio una gran lámina de papel y la colgó al frente de todos, justo en el centro de la pizarra. La lámina medía cerca de dos metros de ancho por un metro de alto, y en ella podían verse claramente más de cien banderas del mundo. En un extremo estaba la bandera de Estados Unidos, rayada y estrellada; en otro, la bandera de Francia decoraba sus franjas con ideales de libertad, igualdad y fraternidad; el *hinomaru* japonés brillaba en una esquina inferior de la lámina; y, al centro de todas, la bandera mexicana lucía el mito azteca del águila y la serpiente en todo su esplendor.

Con la lámina en exhibición, el profesor nos explicó que los países definían su territorio a partir de las banderas. Y no sólo eso, sino que con ellas definían también una parte de su identidad. Los colores de las banderas, por ejemplo, designaban ideales de paz, religión o justicia; y los símbolos que se estampaban en ellas (ya fueran estrellas, hoces, soles o águilas) tenían siempre un profundo significado para las naciones. En conclusión, todas las banderas del mundo servían un mismo propósito: definir la identidad de una nación.

Aunque no recuerdo el nombre del profesor, tengo muy claras sus palabras y la idea que intentó plasmar en aquella clase: las banderas son la huella dactilar del país que representan. La concepción era simple; sin embargo, en la práctica, he podido ver que las ideas de mi viejo profesor de geografía no estaban completamente erradas. Y es que nos han educado para pensar en las banderas como símbolos de pertenencia y, si se quiere, de conquista: cuando alguien conquista un nuevo suelo, el primer acto de reclamo es incrustar una bandera, esto era

válido para los viajeros en el renacimiento, como lo fue para los astronautas que conquistaron el espacio. Plantar tu bandera significa reclamar que algo te pertenece.

Sin embargo, estoy convencida de que esta pertenencia es sólo una ilusión. Y yo pude verlo en el viejo mapa que mostró mi profesor de geografía, cuando descubrí la reluciente bandera de Yugoslavia, un país que ya había *desaparecido*. Ver la bandera yugoslava me demostró a todas luces que estos símbolos nacionales, tan importantes para la formación cívica de los países, son objetos temporales: las banderas vienen y van, y las fronteras se redefinen una y otra vez en la historia de la civilización. No obstante, es la gente, la cultura, la naturaleza, lo que permanece y forja todos los días a la humanidad. Decía Woodrow Wilson que “la bandera es la encarnación, no del sentimiento, sino de la historia”, y a mí me parece que el viejo político entendió que en la larga historia de los conflictos de la humanidad, las banderas sirven como puntos de referencia: expresan el inicio de una patria, pero también su volatilidad.

A esto quiero agregar algo importante: no hay banderas para identificar a las cosas más bellas de este mundo. No hay bandera para el amor, para la igualdad, o para la amistad. Tampoco hay una bandera para la libertad, como la que describía García Lorca. No hay, pues, una bandera que permita identificar un sentimiento mundial, pues incluso la famosa Bandera del Mundo no fue sino un intento por unir comunidades disímiles. Este hecho, aunque parece pasajero, incluso romántico, encierra un gran problema con la educación actual: hemos aprendido durante muchos años que las banderas son un motivo para diferenciarnos los unos de nosotros. Y sé que de esta segregación se nutren muchos conflictos.

Por ello mi propuesta educativa es reformar nuestra visión de las banderas, para convertirlas en una celebración de nuestras diferencias y, al mismo tiempo, en símbolo de unidad.

Propongo una educación sustentable que enseñe a niños y jóvenes que todos somos ciudadanos del mundo, y nuestro mayor orgullo no es nuestra bandera, sino la pertenencia a la inmensa comunidad mundial. Sólo así, educando para la unidad, lograremos resolver los desafíos para alcanzar un futuro mejor.